

The background of the cover is a photograph of a woman with long dark hair, seen from behind, wearing a long, flowing yellow dress. She stands on a dirt path in a lush green tea plantation. In the distance, there are rolling hills and mountains under a soft, hazy sky. At the top of the cover, there are clusters of white and yellow flowers with green leaves.

LAS LUCES
de ASSAM

JANET MACLEOD TROTTER

Traducción de David León

amazon crossing 

LAS LUCES *de* ASSAM

JANET MACLEOD TROTTER

Traducción de David León

amazon crossing 

Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Título original: *The Tea Planter's Daughter*

Traducción al español a partir de la edición publicada por Lake Union, Estados Unidos, 2016

Edición en español publicada por:
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Abril, 2018

Copyright © Edición original 2016 por Janet MacLeod Trotter

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2018 traducida por David León Gómez

Adaptación de cubierta por lookatcia.com

Imagen de cubierta por © book cover art Joana Kruse

© Valentyn Volkov / Alamy Stock Photo © Paul Kennedy /Getty Images

Primera edición digital 2018

ISBN: 9782919800179

www.apub.com

Sobre la autora

La escritora británica Janet MacLeod Trotter ha publicado veinte novelas, trece de las cuales son sagas históricas ambientadas en el siglo xx. La primera, *The Hungry Hills*, fue candidata al premio del *The Sunday Times* al mejor autor novel, mientras que *Las luces de Assam* participó en la nominación a mejor novela del año de la Romantic Novelists' Association y ha figurado entre los diez títulos más vendidos de Amazon, además de obtener un gran éxito de ventas en ruso y en francés. Janet ha escrito también para el público adolescente y es autora de numerosos relatos para revistas femeninas, algunos de ellos recogidos en la antología *Ice Cream Summer*. Sus memorias de infancia en Durham y Skye en la década de 1960, *Beatles & Chiefs*, fueron protagonistas del espacio de la BBC Radio 4 *Home Truths*. Asimismo, la autora ha sido columnista en *The Newcastle Journal*, ha dirigido *The Clan MacLeod Magazine* y es miembro de la Romantic Novelists' Association. (www.janetmacleodtrotter.com)

Las luces de Assam es la primera entrega de la serie Aromas de té, cuya acción transcurre entre el Reino Unido y la India.

*A la memoria del tío Duncan y el tío Donald,
que empezaron su vida en la India. A estos dos
hombres joviales, amables, divertidos, genero-
sos, humanos y dotados del optimismo indo-
mable, el sentido de la justicia y la fe en la es-
pecie humana que caracterizaban a los Gorrie,
con toda mi admiración y todo mi cariño.*

Índice

- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Breve glosario de términos angloindios](#)

Capítulo 1

Assam (la India), 1904

—¡Fuera de aquí! —gritó Jock Belhaven desde su estudio—. ¡Y llévate también esa bazofia!

—Pero, *sahib*, tiene que comer...

Una pieza de porcelana fue a estamparse contra el marco de teca de la puerta.

—¿Qué quieres? ¿Envenenarme? —espetó Jock en tono ebrio—. ¡Sal de aquí ahora mismo si no quieres que te pegue un tiro!

Clarissa y Olive, en la habitación contigua, se miraron alarmadas: las delgadas paredes del bungalow hacían bien audible cuanto se decía al otro lado. Olive, con los ojos desorbitados por el miedo, dejó caer el arco del violín al oír a su padre estrellar más platos. Clarrie saltó del asiento que ocupaba frente al fuego.

—Tranquila. Yo lo calmaré —dijo forzando la sonrisa ante la mirada petrificada de su hermana menor antes de correr hacia la puerta.

Tal fue su ímpetu que a punto estuvo de chocar con Kamal, su barbado *jansama* bengalí, que se retiraba apurado del estudio de su padre con el rostro desencajado y perseguido por un rosario de improperios.

—*Sahib* no está bien —dijo mientras cerraba la puerta con prisa—. Se ha encrespado como un tigre.

Clarrie posó la mano sobre el brazo del anciano. Kamal había estado al servicio de su padre desde sus días de mili-

tar, mucho antes de que naciese ella, y sabía que aquel borracho iracundo que había tras la puerta no era sino una sombra grotesca del hombre vigoroso y amable que había sido.

—Habrá bajado al pueblo a comprar alcohol —le susurró—. Me había dicho que se iba de pesca.

Kamal negó con la cabeza con pesadumbre.

—Lo siento, señorita Clarissa.

—No es culpa tuya —respondió ella al instante.

Ambos escucharon con gesto infeliz los reniegos que soltaba Jock mientras arrojaba trastos por toda la habitación.

—Su padre tampoco tiene la culpa —respondió Kamal—. Solo es la fiebre: cada vez que tiene un acceso, bebe para frenar el dolor. Ya verá, de aquí a unos días estará tan fresco como una rosa.

A Clarrie le resultaba conmovedora la lealtad de aquel hombre, pero los dos sabían que los accesos de fiebre no eran lo único que atormentaba a su padre: su afición a la bebida había empeorado a pasos agigantados desde el terrible terremoto en el que había muerto su esposa, aplastada por un árbol caído mientras yacía en el lecho encinta de su tercera criatura. A esas alturas, a Jock le tenían prohibido comprar alcohol en el comedor de oficiales de Shillong y, en las raras ocasiones en las que viajaban al interior para asistir a una yincana o a las carreras, en el club de cultivadores de té de Tezpur lo recibían con recelo. Al no poder permitirse ya hacer llegar cajas de *whisky* de Calcuta, para mitigar su desesperación dependía del aguardiente barato que le proporcionaban los aldeanos de Jasia o de tisanas de opio.

—Ve a hacerle té —le pidió Clarrie— y siéntate con Olive: no le gusta estar sola. Yo me encargaré de papá.

Tras dedicar a Kamal una sonrisa tranquilizadora, respiró hondo y llamó con firmeza a la puerta del estudio. Su pa-

dre respondió a gritos en una mezcla de inglés y bengalí, pero ella reunió el valor necesario para entreabrir la puerta.

—*Babu* —le dijo, usando el apelativo afectuoso con que lo había tratado desde niña—, soy yo, Clarrie. ¿Se puede?

—¡Vete al infierno! —le encajó él.

Ella acabó de abrir y entró con cuidado.

—Vengo a darte las buenas noches, *babu* —insistió—, y a preguntarte si quieres tomar té antes de irte a dormir.

En el fulgor amarillento de la lámpara de aceite alcanzó a verlo tambalearse entre todo aquel estropicio como quien sobrevive a una tormenta. El suelo de madera estaba alfombrado con los libros comidos de moho que había arrancado de sus estantes y fragmentos de porcelana azul y blanca con el motivo de sauces que tanto había gustado a su madre esparcidos entre salpicaduras de arroz y de dal. A los pies de su padre descansaba una porción de pescado frito. A pesar del frío, la habitación olía a licor fuerte y a sudor.

Clarrie, haciendo todo lo posible por ocultar su turbación, avanzó sin hacer comentario alguno sobre el caos que tuvo que esquivar para hacerlo, pues sabía que así solo lograría enfurecerlo. Por la mañana, a su padre lo consumiría el remordimiento. Él la miró con recelo, pero dejó de protestar.

—Ven a sentarte frente a la lumbre, *babu* —trató de convencerlo—. Voy a avivar el fuego. Pareces cansado. ¿Has pescado algo hoy? Ama dice que sus hijos atraparon ayer unas cuantas carpas *mahsir* en Um Shirpi. Tal vez deberías probar allí mañana. Yo podría ir primero a echar un vistazo. ¿Quieres?

—¡No! No me gusta que salgas sola —masculló él—. Con esos leopardos...

—Siempre tengo mucho cuidado.

—Y esos hombres... —añadió con un gruñido.

—¿Qué hombres? —dijo ella mientras lo conducía a un sillón raído.

—Los reclutadores que andan husmeando por aquí. Ese maldito Robson.

—¿Wesley Robson? —preguntó Clarrie con gesto sorprendido—. ¿El de la Oxford?

—Sí —gritó Jock, alterado de nuevo—. ¡Siempre está intentando robarme a los braceros!

No era de extrañar aquella reacción. Los responsables de algunas de las grandes plantaciones de té, como la Oxford, se mostraban implacables en su búsqueda de mano de obra que se ocupara de sus vastos cultivos. Clarrie había conocido a Wesley Robson en un partido de polo celebrado en Tezpur hacía un año. Era uno de aquellos jóvenes presuntuosos, bien parecidos y arrogantes recién llegados de Inglaterra que, tras solo tres meses de estancia, creían saber más de la India que quienes llevaban allí toda la vida. Su padre le había tomado ojeriza desde el principio por el hecho de pertenecer a los Robson de Tyneside, una familia poderosa que, de ser arrendataria como la de los Belhaven, había llegado a ganar dinero a espuertas y había decidido invertir en el té. Daba la impresión de que todo lo que tocaban se trocaba en fuente de riquezas. Los Robson y los Belhaven se habían enemistado hacía ya muchos años por algo relacionado con unos aperos.

—¿Has visto al señor Robson? —preguntó Clarrie consternada.

—Estaba acampado a orillas del Um Shirpi —respondió él con un bufido.

—Quizás solo fuera a pescar —sugirió ella por tranquilizarlo—. Si estuviera reclutando a mano de obra para las plantaciones de té, andaría de pueblo en pueblo, repartiendo dinero y opio como si fuese el dueño del lugar.

—Lo que quiere es arruinarme. —Jock no pensaba calmarse—. Es igual que el viejo Robson, no paró hasta sacar a mi abuelo del negocio. Nunca se lo perdonaré. Y ahora

han venido a la India, ¡a mi India! Han venido para acabar conmigo.

—No te angusties. —Clarrie lo hizo sentarse en el sillón—. Nadie nos va a sacar del negocio. El precio del té tiene que volver a subir de un momento a otro.

Con la espalda encorvada y el rostro macilento, él se sentó y observó a su hija soplar con dulzura las brasas moribundas y echar más leña sobre las mismas. Cuando las llamas volvieron crepitantes a la vida, la habitación se llenó del suave aroma del sándalo. Clarrie lo miró con cautela. Tenía la barbilla hundida en el pecho y los ojos caídos con gesto somnoliento. Su padre estaba esquelético, tenía la piel como el cuero viejo y apenas le quedaba pelo en la cabeza. De no ser por las prendas europeas que vestía, habría parecido más un asceta hindú que un soldado convertido en cultivador de té.

Ella se sentó en cuclillas para continuar alimentando el fuego. En su interior oía aún la brillante voz de su madre reprendiéndola: «¡Siéntate como una señorita, Clarissa, tú no eres una simple campesina!». Últimamente le costaba evocar su rostro: su sonrisa cauta y sus ojos castaños siempre atentos, su pelo oscuro bien trenzado y recogido en la nuca. En el escritorio de su padre había una fotografía de toda la familia tomando el té de la tarde en la terraza. Olive era aún un bebé y descansaba en la rodilla de su padre y Clarissa, una chiquilla impaciente de cinco años, tiraba de la mano de su madre y salía con las facciones movidas por haberse cansado de posar para el fotógrafo. Aun así, su madre había sabido mantener la compostura y aparecía en el retrato con su esbelta figura de hermosura prerrafaelista y su media sonrisa melancólica.

Ama, la vieja aya, aseguraba que, a medida que se hacía mayor, se parecía cada vez más a su madre. Había heredado la piel oscura y los grandes ojos castaños de Jane Cooper, en tanto que Olive poseía el cabello pelirrojo y la tez pálida de los Belhaven. Las dos hermanas no se asemeja-

ban en nada y solo Clarrie delataba por su aspecto la ascendencia india de su madre mestiza. Por más que hubiesen crecido en Belguri, alejadas de la vida social, sabía bien que en los círculos británicos las consideraban un tanto peculiares. Aunque eran muchos los hombres que tenían amantes indias, su padre había sacado los pies del tiesto al contraer matrimonio y formar una familia con una. Jane Cooper, hija de un funcionario británico y una trabajadora de la seda procedente de Assam, había sido abandonada en el orfanato católico y había recibido la formación propia de una maestra en la escuela misionera de Shillong.

Como si aquella no hubiera sido ofensa suficiente, Jock había causado más bochorno aún al esperar que la sociedad angloindia acogiera a sus hijas como a rosas de pura cepa inglesa. Y, para rematarlo, aquel soldado con ínfulas llegado de lo más agreste de Northumberland creía saber cultivar té.

Por supuesto, Clarrie había oído los hirientes comentarios que les prodigaban en la iglesia y en el club y advertido que, al verla entrar en las tiendas del bazar, además de interrumpir descaradamente sus conversaciones, todas las mujeres del fuerte de Shillong le lanzaban duras miradas de desaprobación. Olive odiaba ir de compras, pero su hermana mayor se negaba a dejarse amilanar por aquellas gentes mezquinas. Tenía más derecho a vivir allí que ninguna de ellas y amaba con pasión la casa que habitaban en las colinas de Assam.

Y por todo ello compartía la inquietud de su padre respecto de la hacienda. El terrible terremoto sufrido hacía siete años había destruido hectáreas completas de terreno en pendiente y los había obligado a replantar a un precio elevadísimo. Los arbustos de té apenas habían empezado a alcanzar su madurez, mientras que el mercado de sus delicadas hojas parecía haberse desvanecido como la bruma matinal. Los insaciables paladares británicos habían empezado a demandar los tés fuertes y robustos de los valles tó-

rridos y húmedos del Alto Assam. Ella ansiaba dar con alguien a quien poder pedir consejo en aquel momento en que su padre daba la impresión de estar resuelto a auto-destruirse.

Clarrie lo miró. Se había dormido. Recogió una manta del catre de campaña que había en un rincón y en el que había dormido su padre los últimos siete años por verse incapaz de entrar en la alcoba en la que había muerto su queridísima Jane. Lo arropó y él se removió y abrió los ojos parpadeando hasta fijarlos en ella mientras dejaba caer la mandíbula.

—¿Jane? —preguntó como entre sueños—. ¿Dónde has estado, chiquilla?

A Clarrie se le heló el aliento en la garganta. Aunque era frecuente que la confundiera con su madre estando bebido, aquello siempre la perturbaba.

—A dormir —dijo ella con ternura.

—¿Y las niñas? —Arrugó el entrecejo—. ¿Se han acostado ya? Voy a darles las buenas noches.

Se afaná en ponerse en pie, pero ella se lo impidió con suavidad.

—Están bien —repuso entonces con voz melosa—. Están dormidas, no las despiertes.

Él se relajó bajo la manta.

—De acuerdo —suspiró.

Ella se inclinó y le besó la frente. Los ojos le escocían por el llanto. A sus dieciocho años, se sentía abrumada por una carga insostenible de responsabilidades. Sabía que las cosas no iban a poder seguir así mucho tiempo: la plantación de té parecía condenada a la ruina, la casa necesitaba algunas reparaciones y la profesora de música de Olive acababa de subir el precio de las clases. Clarrie tragó saliva para arrastrar con ella el pánico. Hablaría con su padre cuando estuviera sobrio, porque antes o después tendría que hacer frente a los problemas de la familia.

Al volver a la sala de estar se encontró a Olive encogida en su asiento y abrazándose las rodillas mientras se mecía hacia delante y hacia atrás. Kamal estaba de pie al lado de la mesa tallada de la ventana, custodiando la tetera de plata.

—Se ha dormido —les anunció.

Olive dejó de acunarse. Kamal hizo un gesto de aprobación y le sirvió una taza de té mientras Clarrie iba a sentarse al lado de su hermana. Con una caricia, le apartó el pelo del rostro a Olive. La muchacha dio un respingo y se alejó de su hermana mayor con el cuerpo tenso como una cuerda de piano. Clarrie pudo oír el silbido que anunciaba un ataque de asma.

—Ya ha pasado todo —le dijo en tono tranquilizador—. Puedes seguir tocando si quieres.

—No, ya no puedo —respondió Olive entre resuellos—. Estoy demasiado alterada. ¿Por qué tiene que gritar así? ¿Por qué rompe cosas? Siempre se pone a romper cosas.

—No lo hace queriendo.

—¿Por qué no se lo impides? ¿Por qué no le impides que beba?

Clarrie hizo un gesto implorante a Kamal mientras él depositaba una taza para ella en la mesita tallada que tenía al lado.

—Yo me encargaré de limpiar todo, señorita Olive —dijo el *jansama*—. Ya verá como mañana por la mañana estará mucho mejor.

—¡Nunca volverá a estar mejor! ¡Yo quiero a mi madre! —gimió ella. En ese momento la acometió un acceso de tos, de aquella extraña tos jadeante que la afligía durante la estación fría y que hacía creer que estuviera tratando de expulsar un efluvio maligno.

Clarrie la abrazó y comenzó a frotarle la espalda.

—¿Dónde está tu ungüento? ¿En el dormitorio? Yo voy a buscarlo, Kamal hervirá agua para que hagas vahos, ¿ver-